

mismos; pero en este último instante no tendrá el pecador que muere, necesidad de este socorro; la divina justicia, que durante el tiempo de su salud le habia entregado á la profundidad de sus tinieblas, le alumbrará entonces en su indignacion. Cuanto rodea la cama de su muerte hace venir á su memoria algun nuevo delito; los criados á quienes escandalizó, los hijos de quienes no tuvo cuidado, la esposa á quien contristó con ajenas pasiones, los ministros de la Iglesia á quienes despreció, las pecaminosas imágenes de sus pasiones, pintadas aún sobre aquellas paredes; los bienes de que abusó, el lujo que le rodea, con el que han padecido los pobres y sus acreedores; la soberbia de sus edificios, levantados acaso con los bienes de la viuda, del huérfano ó con la miseria del público; todo, finalmente, el cielo y la tierra, dice Job, se levanta contra él, y le acuerda la terrible historia de sus pasiones y delitos. *Revelabunt cæli iniquitatem ejus, et terra consurget adversus eum.*<sup>1</sup>

De este modo la memoria de lo pasado forma uno de los estados mas terribles del pecador que muere, porque no halla en él sino trabajos perdidos, placeres que solo han durado un instante y delitos que han de durar eternamente.

Pero aun no es menos triste para este desgraciado todo lo que actualmente pasa en su presencia. *Sus sustos, sus separaciones, sus mudanzas.*

*Sus sustos.* Habíase siempre gloriado de que no le asustaria el dia del Señor, cuanto acerca de esto habia oido decir en los púlpitos, no le estorbaba el prometerse que ordenaria su conciencia antes de este último instante, y ahora se ve ya en él, cargado de todos sus delitos, sin prepara-

<sup>1</sup> Job. 20, v. 27.

cion, sin haber dado un paso para aplacar á su Dios; ya le llegó este instante sin que haya pensado en él, y ya va á ser juzgado.

*Sus sustos.* Hiérole Dios cuando está en lo mas fuerte de sus pasiones, al tiempo que mas lejos estaba de su alma la memoria de la muerte, cuando habia llegado á ciertos puestos que habia deseado con ansia, y que semejante al necio del Evangelio, exhortaba á su alma á que descansase y gozase en paz el fruto de sus trabajos. En este mismo instante le acomete la divina justicia, y ve acabarse de un golpe su vida y todas sus esperanzas.

*Sus sustos.* Va á morir, y permite Dios que nadie se atreva á decirle que ya no debe contar con la vida. Sus parientes le lisonjean, sus amigos le dejan en su error; le lloran en secreto como muerto, y aun le muestran esperanzas de vida; engañanle para que se engañe á sí mismo. Es necesario que se cumplan las Escrituras, que sea asaltado el pecador en este último instante; vos lo profetizásteis, ¡oh Dios mio! y vuestras palabras son verdaderas.

*Sus sustos.* Abandonado de todos los socorros del arte, entregado solamente á sus males y á sus dolores, aun no puede persuadirse que va á morir, aun se lisonjea, aun espera; parece que la divina justicia no le deja aquel rastro de razon mas que para que le emplee en engañarse. Al ver sus miedos, su espanto, sus inquietudes, se conoce bien que aun no ha creído, que se muere; atorméntase, se agita, como si pudiera huir de la muerte, y sus agitaciones no son mas que un pesar de perder la vida, y no un dolor de haberla empleado mal. Es preciso que el ciego pecador lo esté hasta el fin y que su muerte sea semejante á su vida.

Finalmente. *Sus sustos.* Ve entonces que el mundo siempre le ha engañado, que siempre le ha llevado de ilusion en

ilusion, de esperanza en esperanza, que nunca le han sucedido las cosas como él se habia prometido, y que siempre ha sido engañado con sus propios errores. No comprende cómo puede haber sido tan constante su desprecio, cómo ha podido obstinarse tantos años en sacrificarse por un mundo, por unos señores que nunca le han pagado sino con vanas promesas, y que su vida no ha sido mas que una indiferencia del mundo para con él y una embriaguez en él para con el mundo. Pero lo que mas le aflige es, que el error no tiene ya remedio, que no se muere mas que una vez, y que una vez mal concluida la carrera, no se puede volver atrás para empezarla de nuevo. Vos sois justo, ¡oh Dios mio! y quereis que el pecador pronuncie de antemano su sentencia contra sí, para juzgarle vos por su propia boca.

Muy terribles son los sustos del pecador que muere, pero no lo son menos las cosas de que se separa en este último instante. Cuanto mayor apego tenia al mundo, á la vida y á todas las criaturas, tanto mas padece cuanto ha de separarse de ellas; cuantos son los lazos que debe romper, tantas son las heridas que le penetran, cuantas son las cosas de que debe separarse, otras tantas nuevas muertes experimenta.

*Sepárase* de sus bienes, los que habia acumulado con tan largas y tan penosas fatigas, y acaso por caminos dudosos para su salud; los que se habia obstinado en conservar á pesar de los remordimientos de su conciencia y que con gran dureza de su corazon habia negado á la necesidad de sus prójimos; hújensele ahora, este vaso de barro se quiebra en su presencia, solamente lleva consigo el amor, el pesar de perderlos, el delito de haberlos adquirido.

*Sepárase* de la magnificencia que le rodea, de la vanidad de sus edificios, en los que creia haberse edificado un asilo

contra la muerte; del lujo, de la vanidad, de sus alhajas, de las que no le quedará mas que la lúgubre mortaja que le ha de envolver en el sepulcro; de aquella opulencia en que siempre habia vivido: todo huye de él, todo le abandona, empieza á mirarse como extraño en medio de sus palacios, en donde siempre debia heberse mirado como tal; como un desconocido que no es dueño de nada de cuanto en ellos hay, como un infeliz á quien en su presencia van á despojar de todo, y á quien solo permiten gozar aún por algun tiempo de la vista de sus despojos para aumentar sus penas y suplicio.

*Sepárase* de sus cargos, de sus honores, los que acaso va á dejar á un rival suyo, á los que habia llevado por entre tantos peligros, trabajos y ruindades, y de los que con tanta insolencia habia gozado; ya está en la hora de la muerte, despojado de todas las señales de su dignidad, sin conservar de todos sus títulos mas que el de pecador, del que entonces usa, aunque tarde y en vano. ¡Oh Dios mio! contentaríase en este último instante con ser de la condicion mas vil, aceptaria como una especial gracia el estado mas oscuro y abatido, con tal que le alargasen la vida; envidia la suerte de sus esclavos, que deja en el mundo. Camina con gran prisa hácia la muerte y aun vuelve con ansia los ojos á la vida.

*Sepárase* de su cuerpo, para quien siempre vivió, con quien contrajo tan estrechos lazos, favoreciendo todas sus pasiones; conoce que se arruina esta casa de barro, ve que poco á poco se va muriendo en cada uno de sus sentidos, solo está unido á la vida por medio de un cadáver que se apaga, por los crueles dolores que sus males le hacen padecer, por el excesivo amor que la tiene, el que es mas vivo cuanto mas cerca está de separarse.

*Sepárase* de sus parientes, de sus amigos, á quienes ve al rededor de su cama, cuyos llantos y tristeza acaban de oprimirle el corazon y le hacen sentir con mayor crueldad el dolor de perderlos.

*Sepárase* del mundo, en el que ocupaba tantos puestos y en el que se habia establecido, ensalzado y extendido, como si debiera ser este lugar el de su eterna permanencia; del mundo, sin el que nunca pudo vivir, en el que fué siempre uno de los principales actores, en cuyos sucesos siempre tuvo tanta parte; en donde siempre se manifestó tan placentero y con talentos tan propios para agradarle; su cuerpo va á dejarle, pero su corazon y todas sus acciones se quedan aún en él. El mundo muere para él, pero él aunque muere, todavía no muere para el mundo.

*Sepárase*, finalmente, de todas las criaturas. Todo se aniquila en su presencia; extiende las manos á todos los objetos que le rodean como para agarrarse á ellos, y no agarra mas que fantasmas y un humo que se disipa y que no deja cosa alguna verdadera entre sus manos. *Et nihil inveniunt omnes viri divitiarum in manibus suis.*<sup>1</sup>

Entonces es cuando Dios parece grande al pecador que muere. En este terrible instante es cuando deshaciéndose el mundo, huyendo de su vista, no ve quedar mas que solo Dios, el que todo lo llena, el que solo es inmutable: quejábase en otro tiempo, con un estilo irónico y lleno de impiedad, de que era difícil poder conocer con viveza alguna cosa de un Dios que es invencible, y no amar á unas criaturas que se ven y ocupan todos nuestros sentidos. ¡Pero ay! en este último instante no ve mas que á solo Dios; el invisible será visible para él; sus sentidos ya amortiguados,

<sup>1</sup> Psalm. 75 v. 6.

se negarán á todos los objetos sensibles; todas las cosas de que está rodeado desaparecerán, y Dios ocupará el lugar de todas estas ilusiones con que se entretuvo mientras le duró la vida.

De este modo se muda todo para este desgraciado, y estas mudanzas, estos sustos, este separarse de las cosas, es la última amargura del espectáculo de su muerte.

*Múdase* su crédito y su autoridad, cuando ya no hay esperanza de su vida empieza el mundo á no contar con él; sus fingidos amigos se retiran, sus criaturas buscan ya en otra parte protectores y dueños; aun sus mismos esclavos andan solícitos en asegurarse para despues de su muerte una fortuna proporcionada: apenas queda con él quien pueda recoger sus últimos suspiros; no hay cosa que no le abandone, todo le desampara, ya no ve cerca de sí aquel gran número de aduladores; acaso caminan ya todos á la casa del que creen que ha de ser su sucesor, mientras que él, dice Job, solo en la cama de su dolor, solamente cercado de los horrores de la muerte, entra ya en aquella triste soledad que le prepara el sepulcro, y hace amargas reflexiones sobre la inconstancia del mundo y sobre lo poco que hay que fiar en los hombres. *Affligetur relictus in tabernaculo suo.*<sup>1</sup>

*Múdase* la estimacion pública con que habia estado embriagado. ¡Oh Dios mio! ya le ha olvidado el mundo que tanto le alabó. La mutacion que su muerte va á hacer en la cena, dará aún por algunos dias motivo á las conversaciones públicas; pero pasado este corto tiempo caerá en el olvido y en la nada; apenas habrá quien se acuerde de que ha vivido; todo el cuidado será ponderar los prodigios de su

<sup>1</sup> Job, 20, v. 26.

sucesor, y ensalzarle sobre las ruinas de su reputacion y su memoria; experimenta ya este olvido, ve que no le resta mas que morir, que su hueco se llenará muy presto, que no quedará ni aun señal de él en el mundo, y que solos los justos, que le habian visto cercado de tanta gloria, se dirán unos á otros: ¿En dónde está ahora? ¿qué se han hecho aquellos aplausos que le granjeaban su poder? En esto viene á parar el mundo y esto es lo que se gana con servirle. *Et qui eum viderant, dicent: ¿ubi est?*<sup>1</sup>

Múdase su cuerpo, aquella carne á quien tanto habia halagado é idolatrado, aquella vana hermosura que habia granjeado tanta atencion y corrompido tantos corazones; ya no es mas que un espectáculo de horror, cuya vista apenas puede sufrirse; no es ya mas que un cadáver á quien da miedo arrimarse, esta desgraciada criatura que habia encendido tantas injustas pasiones: ¡oh Señor! sus amigos, sus parientes y aun sus mismos esclavos, huyen de ella, se apartan, no se atreven á arrimarse sino con recelo, no la tributan mas servicios que los de cortesía y de temor; aun ella misma tiene trabajo en sufrirse y se mira con horror. ¿Pero qué era lo que otras veces me granjeaba todas las atenciones? se dice á sí misma con el santo Job; mis esclavos á quienes llamo no se atreven á acercarse á mí, y aun mi mismo aliento es infeccion, y una infeccion mortal para sus hijos y parientes: *Servum meum vocavi: et non respondit . . . halitum meum exhorruit uxor mea, et orabam filios uteri mei.*<sup>2</sup>

Finalmente: Múdase en todo lo que le rodea. Buscan sus ojos por algun objeto en que fijarse, y no hallan por todas

<sup>1</sup> Job 20. v. 7.

<sup>2</sup> Ibid. 19. v. 16. 17.

partes mas que imágenes lúgubres de la muerte. Pero nada es esto para el pecador que muere; la memoria de lo pasado, el espectáculo de lo presente seria muy poco, si á solo esto se cifieran todas sus penas; la memoria de lo que está por venir es lo que le horroriza y desespera. Este por venir, esta region de tinieblas en donde va á entrar él solo, sin mas compañía que la de su conciencia; este por venir, esta tierra incógnita de la que ningun mortal ha vuelto, donde no sabe lo que ha de hallar ni lo que le espera; este por venir, este abismo inmenso en donde se pierde y se confunde su entendimiento, y en donde va á sepultarse, incierto de su destino; este por venir, este sepulcro, esta morada de horror en donde á va tomar lugar con las cenizas y cadáveres de sus mayores; este por venir, esta eternidad espantosa, cuya primera vista no puede sufrir; este por venir, finalmente, este terrible juicio en que va á parecer ante la ira de Dios, y á dar cuenta de una vida cuyos instantes casi todos han sido delitos. ¡Ah! mientras miraba de lejos este terrible por venir, hacia vanidad de no temerle, preguntaba sin cesar con un tono blasfemo é irrisible: ¿Quién ha vuelto del otro mundo? burlábase de los temores vulgares y hacia gala de valiente; pero luego que le hirió la mano de Dios, luego que la muerte se manifestó de cerca y se le abrieron las puertas de la eternidad, y que toca finalmente á este por venir terrible, contra el que se habia manifestado tan valiente, ¡ah! muéstrase entonces cobarde, afligido y lloroso, levantando las manos al cielo en accion de suplicar, ó triste, taciturno y agitado, revolviendo entre sí pensamientos terribles, sin esperar mas socorro de parte de Dios en la debilidad de sus lamentos y lágrimas, que en sus furoros y desesperacion.

Sí, católicos. Este infeliz que se habia dormido siempre

en sus desórdenes, que habia siempre confiado vanamente en que no habia necesidad de mas que de un buen instante y de un movimiento de compuncion en la muerte para mitigar la cólera de Dios, desespera entonces de su clemencia; por mas que se le hable de sus eternas misericordias, conoce lo indigno que es de ellas. Por mas que el ministro de la Iglesia procure asegurarle en sus temores abriéndole el seno de la clemencia divina, estas promesas le mueven poco, porque conoce bien que la caridad de la Iglesia, aunque nunca desespera de la salud de sus hijos, con todo eso, en nada muda los formidables decretos de la justicia de Dios; por mas que se le prometa el perdon de sus delitos, una voz secreta y terrible le dice en lo íntimo de su corazon, que no hay salud para el impío, y que mas debe creer á la verdad que á las esperanzas que le ofrecen en sus desgracias; por mas que se le exhorte á que recurra á los últimos remedios que ofrece la religion á los que mueren, los mira como aquellos remedios desesperados que se dan á Dios y á dicha cuando ya no hay esperanza, y que mas sirven de consuelo á los vivos que de utilidad á los que mueren; llama á los siervos de Jesucristo para que le consuelen en esta última hora, y él lo mas que puede hacer es envidiar en su interior su suerte y detestar la infelicidad de la suya: pónenle en la boca las palabras de los libros santos, las expresiones de un rey penitente, y conoce muy bien que su corazon desaprueba estas divinas expresiones y que las palabras formadas por una caridad ardiente y una compuncion perfecta, no convienen á un pecador asaltado como él en sus desórdenes. Sus amigos y parientes vienen al rededor de su cama á recoger sus últimos suspiros, y él aparta los ojos, porque aun halla entre ellos la memoria de sus delitos; el ministro de la Iglesia le presen-

ta un Crucifijo, y este objeto de tanto consuelo y tan propio para excitar su confianza, le arguye mudamente de sus ingraticudes y del abuso perpetuo de sus gracias. Entre tanto se acerca la muerte; el sacerdote procura mantener con las preces que se dicen en la agonía, aquel resto de vida que aun le anima. Camina, alma cristiana, le dice: *Proficiscere, anima christiana*. No le dice: caminad, príncipe, grande de este mundo; mientras vivió, apenas bastaron los monumentos públicos para lo numeroso y vano de sus títulos; en este último instante no le dan mas título que el que recibió en el bautismo, el único de que no hacia caso y el que solo le debe durar eternamente. *Proficiscere, anima christiana*. Camina, alma cristiana: ¡oh Dios mio! habia vivido como si no tuviera mas ser que su cuerpo, habia procurado persuadirse á que su alma no era nada, que el hombre era solamente obra de la carne y de la sangre, y que todo moria con nosotros; y ahora le hacen ver que su cuerpo no era mas que un poco de barro que va á disolverse, que su ser inmortal es esta alma, esta imágen de la Divinidad, esta inteligencia, capaz ella sola de amarle y de conocerle, y que va á separarse de su casa terrena y á parecer en el tremendo tribunal. Camina, alma cristiana; habíais mirado á la tierra como á vuestra patria y no era mas que un lugar de peregrinacion, de donde es necesario partir; la Iglesia creia que anunciándoos la disolucion de vuestro cuerpo terrestre al fin de vuestro destierro, el término de vuestras miserias os anunciaba una nueva de alegría. ¡Pero ay! que no os anuncia sino una nueva lúgubre y espantosa, y el principio de vuestras desgracias y penas. Camina, alma cristiana. *Proficiscere, anima christiana*. Alma sellada con el sello de la salud que borraste, rescatada con la sangre de Jesucristo que has pisado, lavada con la gra-

cia de la regeneracion que mil veces has manchado, ilustrada con las luces de la fe que siempre has despreciado, llena de todas las misericordias del cielo que siempre indignamente has profanado. Camina, alma cristiana, vé á presentar á Jesucristo este augusto título, que debia ser la señal magnífica de tu salud y que será el mayor de tus delitos. *Proficiscere, anima christiana.*

Entonces el pecador que agoniza, no hallando en la memoria de lo pasado sino remordimientos que le consumen, en cuanto se presenta á sus ojos imágenes que le afligen, y en la reflexion de lo por venir horrores que le espantan, no sabiendo á quién recurrir, ni á las criaturas que se le huyen, ni al mundo que se desvanece, ni á los hombres que no podrian librarle de la muerte, ni á un Dios justo á quien mira como á un enemigo declarado, de quien no debe esperar perdon, da vueltas cavilando en sus propios horrores; se atormenta, se agita por huir de la muerte que se acerca, ó á lo menos para huir de sí mismo; sale de sus ojos un no sé qué oscuro y terrible que da bien á entender los furoros de su alma; arroja del seno de su tristeza unas palabras mezcladas de suspiros, que apenas se perciben, y que no se sabe si es el arrepentimiento ó la desesperacion quien las forma; se vuelve hácia el Dios crucificado con unas terribles miradas, que dejan bastante duda de si proceden de temor ó de esperanza, de odio ó de amor. Empieza á padecer violentas conmociones, y no se sabe si provienen del cuerpo que se disuelve ó del alma que percibe la llegada de su juez. Suspira profundamente, y se ignora si estos suspiros nacen de la memoria de sus delitos ó de la desesperacion de perder la vida. Finalmente, en medio de estos tristes esfuerzos, se le fijan los ojos, desfigúrasele el rostro, pónesele cárdena la boca y se le abre por sí

misma; estremécese todo el cuerpo, y con este último esfuerzo se arranca su desgraciada alma, como por fuerza, de este cuerpo de barro, cae entre las manos de Dios y se halla sola á los piés del tribunal terrible.

Católicos, así mueren los que han vivido olvidados de Dios, y así morireis los que me oís si os acompañan vuestros delitos hasta aquel último instante. Todo se mudará entonces á vuestra vista sin que vosotros os mudeis; morireis, y morireis pecadores como habeis vivido, y vuestra muerte será semejante á vuestra vida. Precaved esta desgracia, vivid como los justos, y será vuestra muerte semejante á la suya, acompañada de gozo, de dulzura y de consuelo, que es lo que vamos á ver en la segunda parte.

#### SEGUNDA PARTE.

Bien sé que la muerte es siempre terrible, aun para las almas mas justas; los juicios de Dios, cuyos impenetrables secretos temen siempre, las tinieblas de su propia conciencia, en que siempre se figuran manchas ocultas y conocidas de solo Dios; la viveza de su fe y de su amor, que aumenta siempre á su vista aun las faltas mas leves; finalmente, la sola disolucion del cuerpo terreno y el natural horror al sepulcro, todo esto deja siempre en la muerte un no sé qué de terrible para la naturaleza, que hace que aun los mas justos, como dice San Pablo, quisieran ser revestidos de la inmortalidad que les está prometida, pero sin ser despojados de la mortalidad que los rodea.

Pero tambien es verdad que la gracia vence en ellos este horror tan natural á la muerte, y que ya se acuerden de lo pasado, dice San Bernardo, ya consideren lo que actualmente pasa, ya atiendan á lo por venir, hallan en la me-